Mundo
Edición papel digital

Repensar las relaciones hemisféricas: ¿Cuál debe ser el papel de Sudamérica en el nuevo desorden mundial?



Por **Anders Beal**

Mientras la pandemia de Covid-19 y la invasión rusa de Ucrania se desarrollaban en un contexto de creciente competencia entre China y Estados Unidos, el historiador económico Adam Tooze popularizó el término policrisis para describir múltiples crisis que se desencadenan unas a otras y se amplifican entre sí. Estados Unidos, que ahora parece replegarse del orden y de las instituciones globales que alguna vez ayudó a construir, ha dejado un evidente vacío de liderazgo. La multiplicación de los conflictos globales y el impacto cada vez más acelerado del cambio climático exigen una nueva forma de liderazgo ante las crisis. Los líderes sudamericanos deberían mirar más allá de la alineación ideológica y aprovechar de sus intereses compartidos –la agricultura, los minerales y un prestigio democrático para responder a un déficit cada vez mayor de liderazgo global.

Si bien las elecciones en Estados Unidos parecen haber producido un rotundo rechazo al presidente Trump y a sus políticas más duras, el período político que queda para elegir un nuevo presidente en la Casa Blanca seguirá plagado de desafíos y polarización. No está claro en qué podrán encontrar un terreno común ambos partidos políticos en Washington y, en todo caso, seguirá siendo sumamente complicado abordar las graves deficiencias de la política exterior estadounidense y la baja credibilidad internacional para orientar o liderar un futuro global cada vez más incierto. Es decir, el liderazgo global sigue con una muy alta demanda.

Qué naciones podrían ofrecerlo es la pregunta más urgente, y la respuesta pasa cada vez más por el Sur Global. Dentro de este grupo diverso, Sudamérica posee un potencial único y gigantesco. Como gran parte del Sur Global, la región está expuesta a las sacudidas que hoy se propagan por los sistemas de energía, fertilizantes, y alimentos. Pero Sudamérica también cuenta con los activos concretos para absorberlas: una producción agrícola que sostiene el suministro mundial de alimentos, minerales críticos sin los cuales la transición energética no puede avanzar y tradiciones democráticas que aún gozan de credibilidad en un momento en que la confianza en la democracia se ha erosionado. La manera en que las naciones sudamericanas aprovechen esa combinación podría definir mucho más que el destino. De hecho, este podría ser un momento para un mayor liderazgo sudamericano, mientras persiste el desorden global y las sacudidas económicas se vuelven aún más pronunciadas.

El repliegue ante la realidad climática exige un nuevo liderazgo global

Los titulares de este año reflejan un momento de profunda crisis: olas de calor récord en Europa y Estados Unidos, humo de incendios forestales que estuvo a punto de perturbar la Copa Mundial, y una serie de tormentas e inundaciones en Chile tan graves que obligaron a declarar el estado de emergencia. Estos fenómenos, intensificados por un El Niño inusualmente fuerte, son apenas el preludio de un calentamiento más extremo, ya que la humanidad podría superar pronto, al menos de forma temporal, los objetivos de temperatura global fijados por el Acuerdo de París en 2015. Pese a una llamada de atención tan sostenida y persistente, demasiados gobiernos siguen mal preparados para responder a esta realidad climática.

De hecho, se ha instalado una preocupante postura de supuesto "realismo climático" que tiene sus críticos, aun cuando la mayoría de la población mundial sigue exigiendo una acción climática más firme por parte de sus gobiernos. En Estados Unidos, la negación climática se ha endurecido hasta convertirse en una política de dilación y ofuscación: el gobierno de Trump ha buscado limitar los datos sobre el calentamiento de los océanos y ha planteado preocupaciones infundadas de seguridad nacional sobre la energía eólica marina, todo ello mientras impulsa sin descanso un "dominio" energético que depende exclusivamente de los combustibles fósiles. Y el resultado concreto ha sido un alza continua de los precios.

Europa tampoco es inmune, pues ha comenzado a considerar reformas para debilitar su Régimen de Comercio de Derechos de Emisión, una herramienta central para fijar un precio al carbono. Como advirtió la ministra de Clima de Suecia, Romina Pourmokhtari, un sistema más débil profundiza la dependencia europea de las energías fósiles de regímenes autoritarios, lo que convierte la autosuficiencia en una cuestión tanto de seguridad como de cambio climático. Mientras tanto, la amenaza rusa a Europa persiste. Lamentablemente, sigue siendo una baja prioridad para el gobierno de Trump, que practica una diplomacia debilitada y contribuye a prolongar la guerra de agresión de Rusia en Ucrania. Todo esto, mientras el Kremlin trabaja a la vez en desarrollar nuevas formas de guerra híbrida para intimidar a las democracias europeas.

Multiplicadores de amenazas: donde el clima se cruza con el conflicto

El clima y el conflicto se están fusionando en un multiplicador de amenazas que se refuerza a sí mismo. Estados Unidos, en lugar de liderar, ha optado por negar la crisis climática, mientras mantiene una postura ambigua sobre su participación y complicidad en lo que las Naciones Unidas han investigado como crímenes de guerra. El intento de desmantelar y amenazar a la Corte Penal Internacional, una institución creada precisamente para frenar este tipo de desorden y juzgar graves violaciones del derecho internacional, ha encontrado en Europa condenas retóricas, pero poca resistencia concreta. Cabe preguntarse: ¿Dónde están hoy los defensores de los derechos humanos universales?

En medio de estos desafíos, los impulsores físicos de la crisis climática no hacen más que agravarse. Los océanos han absorbido más del 90% del exceso de calor atrapado por los gases de efecto invernadero, y las olas de calor marinas cubren hoy el 40% de la superficie oceánica mundial, según investigadores de la Union de Científicos Conscientes. El desafío actual para los líderes globales es estabilizar las economías nacionales sin afianzar aún más los combustibles fósiles ni frenar una transición hacia las energías renovables que, en 2025, cubrió por primera vez todo el crecimiento de la demanda mundial de electricidad. Pero esto claramente no basta.

Si bien la guerra del gobierno de Trump con Irán ha puesto de manifiesto el creciente riesgo de mantener la dependencia de los combustibles fósiles, también ha dejado al descubierto el flanco vulnerable de los mercados globales más allá del petróleo y el gas. Aproximadamente el 30% de los fertilizantes que se comercian inter-

SIGUE ▶▶

Mundo
Edición papel digital

SIGUE ▶▶

nacionalmente pasa por el estrecho de Ormuz y, a los pocos días de la primera escalada, el tráfico de buques cisterna en la zona se desplomó de manera significativa. El economista jefe de la FAO, Máximo Torero, calificó el conflicto en aquellos primeros días como "una sacudida sistémica que afecta a los sistemas agroalimentarios en todo el mundo" y advirtió que, sin una solución, podría desencadenar una grave crisis alimentaria durante este año y el próximo.

El riesgo de que la hambruna se extienda a lugares frágiles como Sudán, Somalia y Gaza es real y creíble. La posibilidad de hambruna en zonas de conflicto exigirá que las naciones den un paso al frente y actúen, de modo que, como mínimo, la perspectiva de la cooperación global pueda verse como generadora de algún tipo de dividendo para la paz. Y aquí es donde cobra relevancia el papel de Sudamérica, porque sus gigantes agrícolas no están a salvo de las sacudidas que podrían ayudar a otros a capear. Brasil es el mayor exportador mundial de soja. También es un enorme exportador de maíz, pero importa casi todo el nitrógeno del que dependen sus cultivos de maíz. Argentina, por su parte, recién salida de una cosecha récord de trigo, sigue siendo un exportador líder de harina de soja y maíz. Juntos ayudan a sostener los cultivos básicos y las cadenas de suministro de muchísimos otros productos globales, desde el alimento para el ganado hasta los aceites de cocina.

La capacidad de ambos países para responder a una emergencia alimentaria global es tan grande como su exposición a ella, y por eso un enfoque regional para definir la seguridad y las reservas de fertilizantes, los corredores comerciales alternativos y las prácticas agrícolas sostenibles no es un simple lujo que Brasilia o Buenos Aires puedan considerar, sino una cuestión de interés nacional frente a las crecientes perturbaciones del suministro mundial de alimentos causadas por los conflictos y el cambio climático.

Más allá de la ideología

La demanda de cooperación global para poner fin a los conflictos y enfrentar nuestra tragedia compartida de los comunes rara vez ha sido mayor, ni su oferta más escasa. Quizá también sea mucho pedir para una región donde varios líderes se han inclinado hacia la derecha y están cada vez más alineados con el Trumpismo, siendo Brasil el caso más reciente que rompe con esta tendencia, con la reelección del presidente Luiz Inácio Lula da Silva.

Pero el argumento a favor de un liderazgo sudamericano, libre de polarización o alineamiento ideológico, reúne las razones económicas y morales que nuestro momento actual necesita. Una respuesta regional a esta nueva era de policrisis podría elevar el perfil geopolítico del hemisferio y, con ello, atraer la inversión necesaria para hacer más verdes las cadenas de suministro minero y energético, así como aportar nuevas tecnologías y mejoras en la sostenibilidad y el rendimiento de los cultivos. La economía y los valores no tienen por qué oponerse, ni nuestras posiciones políticas estar tan profundamente atrincheradas.

Los líderes que no se ven a sí mismos como campeones del clima pueden, aun así, reducir el daño y, al hacerlo, elevar su propia posición y la de sus compatriotas. Existe incluso un precedente conservador. Entre los capítulos más exitosos del legado por lo demás complicado del presidente George W. Bush estuvo su defensa del "conservadurismo compasivo". El impulso del presidente a los programas de salud global de Estados Unidos para combatir el VIH/SIDA salvó millones de vidas en el Sur Global. Todo ello se basó en la simple premisa de que la responsabilidad moral y el interés nacional pueden avanzar juntos; de que, en un mundo con tantos desafíos, una lógica de



suma cero nos deja a todos atrás.

Ese tipo de entendimiento lleva demasiado tiempo ausente en Washington, y en un momento en que la imagen global de Estados Unidos se deteriora rápidamente. El cierre de USAID ha debilitado la respuesta a verdaderas crisis humanitarias, desde los terremotos de Venezuela y Colombia hasta la renovada propagación del ébola en la República Democrática del Congo. Sudamérica, en cambio, con sus profundas tradiciones católicas que hacen hincapié en la dignidad humana y el cuidado de los pobres, aún conserva los recursos morales y el poder blando que la Casa Blanca y el Congreso Estadounidense han despreciado en gran medida. Como destacó el Papa León XIV durante su visita a Buenos Aires: "América del Sur ha sabido encontrar, en momentos difíciles de su historia, caminos de negociación y entendimiento para superar graves tensiones".

Hoy los líderes sudamericanos enfrentan cada vez más una decisión difícil. Pueden alinearse más estrechamente con la postura actual de Washington y su proyección de poder duro a través del corolario Trump de la Doctrina Monroe. También pueden esperar y cubrir sus apuestas, calculando que un gobierno estadounidense que enfrenta graves derrotas electorales quizá tenga menos que ofrecer, y que Beijing es simplemente el socio más estable. O bien pueden trazar una tercera vía, guiada por los intereses de largo plazo de la región y las necesidades compartidas del mundo, y demostrar que el liderazgo sudamericano –es decir una visión regional basada en los intereses y valores– es capaz de gestionar la crisis y desorden global en medio de crecientes rivalidades geopolíticas.

Hablemos del realismo basado en valores

Este marco alternativo o tercera vía ya tiene nombre. El presidente de Finlandia, Alexander Stubb, ofrece varias ideas útiles en su reciente libro, The Triangle of Power: Rebalancing the New World Order, donde sostiene que el Sur Global decidirá en última instancia si este siglo se orienta hacia una mayor cooperación o hacia una mayor fragmentación y conflicto. Stubb aboga por lo que denomina "realismo basado en valores", un rechazo a la falsa disyuntiva entre el idealismo ingenuo y la realpolitik cínica. En otras palabras, los valores universales y el compromiso con la democracia aún pueden guiar a gobiernos e instituciones, incluso en medio de una dura competencia.

Quienquiera que sea elegido de la región como próximo secretario general de las Naciones Unidas haría bien en considerar las recomendaciones de reforma de Stubb y su llamado a relacionarse mejor con el Sur Global y a mejorar la cooperación con este. Las Américas, democráticas pese a sus desafíos, están bien situadas para actuar precisamente según esta lógica. Sin embargo, es fácil confundir la decencia con la ingenuidad en una época como esta, en la que abundan los extremos, la polarización política, y las amenazas, y en la que la incertidumbre y el desorden se han normalizado. Pero no hay nada de ingenuo en que una región, o una nación, decida alimentar al mundo del que depende, hacer más verdes y sostenibles las cadenas de suministro de las que se beneficia y responder a la perspectiva del colapso ecológico con un compromiso renovado con la cooperación global.

Aquí no hay exigencia ni asomo de coacción; ningún líder se ve forzado a tomar partido ni a renunciar a las posiciones políticas que lo llevaron al poder. El único requisito es reconocer mejor dónde los intereses nacionales ya están alineados con los de gran parte del resto del mundo. Mientras Washington desafía a su sexto presidente, John Quincy Adams, y sale al exterior "en busca de monstruos que destruir", Sudamérica tiene una oportunidad excepcional de liderar ante desafíos crecientes, entre ellos el aumento de la inseguridad alimentaria y una economía global sometida al control chino de las materias primas críticas. El verdadero liderazgo global se ha convertido, entonces, en una oportunidad que se mide por las crisis que los líderes ayudan a resolver y no por la retórica que los llevó a ser elegidos. Si los líderes de la región aprovecharán este momento es una pregunta abierta al debate, pero su respuesta podría significar o bien inmensas penurias para los pobres del mundo, o bien un salvavidas muy necesario en un período de profunda incertidumbre.

Fundador y director ejecutivo de Vaiu Research & Analysis, investigador doctoral en la Universidad de Helsinki e investigador no residente en el Stimson Center en Washington, DC. Las opiniones expresadas son exclusivamente del autor.